

V A L P A R A I S O E N L O S V I E J O S L I B R O S

En los primeros años del siglo XIX llegó a las costas chilenas un joven inglés, William Bennet Stevenson, quien después de varios meses de viaje desembarcó en la isla Mocha, en el verano de 1804, y después de poco más de un mes pasó al continente, donde fue huésped de un cacique araucano. Posteriormente estuvo en Concepción, y desde allí fue enviado a Lima, como prisionero, cuando estalló la guerra entre España e Inglaterra. Más tarde pasó al Ecuador, y el dominio que había adquirido del español le permitió desempeñar el cargo de secretario del conde Ruiz de Castilla, Presidente de Quito, en 1808, que más tarde lo designó Gobernador de Esmeraldas.

Desde el Ecuador, Stevenson regresó a Lima, en donde vivió sin ser molestado hasta 1819. Ese año, con motivo de la primera incursión de la escuadra chilena al mando de Lord Cochrane a las costas peruanas, temió ser perseguido por su nacionalidad y consiguió entrar en relaciones con los marinos chilenos y embarcarse en la escuadra. Fue designado secretario de Lord Cochrane, en reemplazo de don Antonio Alvarez Jonte, y fue de gran utilidad al almirante.

Cuando William Bennet Stevenson regresó a Inglaterra, publicó sus recuerdos e impresiones de permanencia en los paí-

ses americanos, bajo el título de "A historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America, in three volumes, containing travels in Arauco, Chile, Perú and Colombia, with an account of the revolution, its rise, progress and results".

Este libro fue publicado en 1825 en Inglaterra y traducido en parte y publicado en francés por M.L.P. Sétier en 1832. Tanto la edición original inglesa como la traducción francesa son rarísimas.

Vamos a transcribir en seguida algunas de las impresiones que consigna Mr. Stevenson acerca de Valparaíso.

Venía el autor a bordo de la "O'Higgins" y había ya entrado en la intimidad de Lord Cochrane, cuando éste desembarcó en Valparaíso, lo cual le permitió seguir a su jefe hasta Santiago y penetrar de lleno en el conocimiento de la agitada vida del país por aquellos años.

Se burla un poco del pomposo nombre de nuestro puerto. "Es posible —dice— que los españoles, que habían recibido noticias exageradas de la región, comparándola con un paraíso, hayan exclamado: "Val de Paraíso", designación que su aspecto presente justificaría de sobra".

Describe en seguida la bahía, los cerros que la rodean, sus barrios, su aspecto:

"La bahía, semicircular, está rodeada de eminencias muy escarpadas que se levantan casi desde la orilla del agua, sobre todo en la parte sur y en la mitad de la cadena oriental, pues la otra mitad forma una especie de hundimiento y sus alturas no se aproximan tanto a la vertical. Durante el invierno estas colinas están cubiertas de hierbas y algunos arbolillos y breñas, tales como molles, arrayanes, espinos y maitenes; pero como el suelo está formado por una arcilla rojiza, la verdura del follaje desaparece cuando el sol estival comienza a caldear la y cesan las lluvias.

"La parte principal de la ciudad está construida entre las rocas y el mar, y se compone de una hilera de casas, o más bien, de tiendas. Hay también algunas casas en una calle estrecha; pero no es posible verlas desde la bahía porque las oculta una fila de edificios bajos que da

la espalda al mar. La mayoría de los habitantes de esta parte de la ciudad, llamada el puerto, para distinguirla del barrio del Almendral, vive en las quebradas de San Francisco, San Agustín y San Antonio, en donde las casas, amontonadas unas sobre otras, forman una especie de anfiteatro. En muchas de estas casas, una persona sentada en su salón puede ver el techo de la casa vecina. En la noche el aspecto de esta parte de la ciudad es muy agradable, a causa de las luces que se ven diseminadas en las alturas. El Almendral se halla situado en una especie de depresión que forman las eminencias circunvecinas, una playa arenosa que probablemente estaba en otro tiempo comprendida en la bahía de Valparaíso, y que actualmente se ve con frecuencia inundada durante la alta marea.

"Las calles han empezado a regularizarse y hay casas de buen aspecto. En el fondo del Almendral corre un arroyuelo".

Entonces Valparaíso estaba defendido por tres fuertes: uno situado en la parte sur de la bahía, otro en el centro y otro al norte. El del centro quedaba detrás de la casa del Gobernador, en el cerro llamado del Castillo y que hoy se llama de la Cordillera. Se empezó allí la construcción de una ciudadela que, como pronosticó el autor, no se terminó jamás.

Los templos destinados al culto eran los siguientes: la iglesia parroquial o Matriz, las iglesias de los conventos de San Francisco, San Agustín y La Merced, en el Almendral; la de Santo Domingo y la capilla del Hospital de San Juan de Dios.

"Algunas de las principales casas son de piedra; las demás de adobes; todas tienen tejas, y las de altos, balcón a la calle.

"Desde la época de la revolución se han adoptado muchos objetos y comodidades de procedencia inglesa, y los habitantes han adoptado también muchos usos y costumbres del mismo estilo; todo lo que es "a la inglesa" encuentra la aprobación general".

Las provisiones eran abundantes y variadas, de buena calidad y a precios moderados.

"El clima es muy agradable cuando no soplan los vientos del sur. En los meses de junio y julio el fondeadero no es seguro por los vientos del norte, que a

veces son muy fuertes, pues la bahía no está abrigada de ese lado”.

El comercio estaba antes de la revolución en manos de cuatro o cinco casas españolas que recibían de Lima, azúcar, sal, tabaco y pequeñas cantidades de artículos europeos manufacturados, y exportaban trigo, charqui y otros productos. La población llegaba a unos cinco mil habitantes.

“Después de la victoria de Chacabuco, casi las dos terceras partes de la población abandonaron sus hogares, o fueron obligadas a embarcarse para el Perú, quedando la ciudad casi desierta; pero una vez terminada la revolución, ésta aumentó constantemente en tamaño, población y riqueza. En 1822 contenía cerca de 15.000 habitantes, de los cuales 3.000 eran extranjeros. Entre 1817 a 1822 se construyeron más de doscientas casas. En esta última fecha había treinta y una casas de comercio por mayor, fuera de un incalculable número de comerciantes por menor. Había, además, veintiséis hoteles o posadas, cafés, etc. Aparte de los buques de guerra del Estado, hay cuarenta y un buques mercantes que llevan la bandera nacional; y la bahía, antes solitaria más de la mitad del año, contiene un término medio de cincuenta buques extranjeros, de guerra y de comercio, el año entero”.

Entre otros datos curiosos, el autor da los siguientes:

“El Hospital de San Juan de Dios ha sido trasladado del centro de la ciudad a los suburbios, y en el antiguo edificio se ha establecido una escuela lancasteriana.

“Se está construyendo, por medio de una subscripción pública, un cementerio católico, y se han reunido más de dos mil pesos para otro destinado a los disidentes.

“Como manifestación del aumento de los negocios, se ha establecido una posta diaria entre el puerto y la capital.

“En 1809, bajo el dominio español, la Aduana produjo \$26.738, y en 1821, como puerto libre, \$ 46.387. En 1809 entraron y salieron 13 buques; en 1821, en total, 142: 21 de guerra y 121 de comercio”.

Habiendo residido en Chile algunos años antes, el autor no puede dejar de comparar lo presente con lo pasado, y hace un breve estudio del estado social y económico de los habitantes antes y después de la Independencia:

“Es innecesario —dice en esta parte de su relato— insistir sobre las inmensas ventajas que procura el comercio a una nación; pero aquí el resultado es peculiarmente visible no sólo en las clases alta y media, sino aun en las inferiores; el campesino que, en la época de mi residencia en Chile, en 1803, si poseía un peso cavaba un hoyo para enterrarlo o lo colgaba en su rosario, el mismo ahora puede hacer sonar los doblones en su bolsillo. Aquellos que en 1803 llevaban los trajes más ordinarios, van ahora vestidos con lino, lana y algodón de Europa; aquellos que se sentían avergonzados de presentarse a un extraño o no se atrevían a hablar delante de su patrón, ahora se presentan con confianza, como si tuvieran conciencia de su libertad civil; hacen gala de su patriotismo cristiano, de su generosidad y de su valor. Los comerciantes españoles monopolizadores que compraban el trigo y otros productos antes de que estuviesen listos para el mercado, a precios viles, especialmente si el dueño estaba necesitado, o prestaban dinero a los hacendados para recibir el pago en productos al precio que ellos mismos señalaban, tales comerciantes han desaparecido. En cambio existe actualmente un mercado regular en donde los habitantes de todas las clases gozan de la ocasión de especular y aprovechar las ventajas de la experiencia.

Los trabajadores, cualquiera que sea su condición, pueden escoger libremente el trabajo y el amo que quieran, y esto les asegura una justa remuneración de su trabajo. Los individuos de las clases alta y media conocen ahora su importancia como ciudadanos de un país libre e independiente, en cuya prosperidad están interesados, porque comprenden que a ella se liga su interés personal. Todos pueden expresarse y discutir sus opiniones políticas. En resumen, desde el orden inferior de vasallos coloniales se han elevado a la condición de miembros de un Gobierno electivo y ciudadanos del mundo”.